LUIS FERNÁNDEZ MOURIÑO

11900

Vida Vencida

Comedia dramática en tres actos, original

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
NÚÑEZ DE BALBOA, 12
MADRID

VIDA VENCIDA

Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://archive.org/details/vidavencidacomed18418fern

LUIS FERNÁNDEZ MOURIÑO

Vida Vencida

Comedia dramática en tres actos, original

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
NÚÑEZ DE BALBOA, 12
MADRID

A D. Manuel Lugris

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
MAGDALENA . . .	SRTA. TORRES
CHELO	Sra. PACHECO (E.)
D.ª ESTRELLA . . .	» CÓRDOBA
D.ª LUPE	SRTA. ABIENZO
LUPITA	» MUÑOZ
D.ª TERESA. . . .	» PACHECO (T.)
ENRIQUETA	SRA. FRANCO
ALBERTO.	SR. LLOPIS
D. PABLO	» FARNÓS
EZEQUIEL	» CARMONA
P. AGUSTÍN. . . .	» CALVERA
MOZO.	» GUIJARRO

Izquierda y derecha las del actor

Época actual

Mes de Mayo el primer acto. Segundo y tercero, Agosto

LIT. E IMP. ROEL.—CORUÑA.

ACTO PRIMERO

La escena representa un gabinete de casa acomodada

ESCENA I

ENRIQUETA; enseguida MAGDALENA, 2.ª derecha

ENR. (Limpiando el polvo.) Buenos días, señorita.

MAG. Buenos días, Enriqueta.

ENR. Salió usted hoy muy temprano.

MAG. Sí; madrugué un poco. Quería alcanzar la misa del padre Agustín. No sé si le habrá sucedido algo, porque no la celebró él. ¿Han traído algún recado para mí?

ENR. No ha venido nadie. ¡Tenía muchos deseos de verla! ¿Sabe por qué?

MAG. Sí; me lo supongo: para felicitarme por ser mi santo.

ENR. ¿Nada más?

MAG. ¿Algún regalo? Ya sabes que no me agrada.

ENR. ¿No se acuerda usted cuál es mi regalo?

MAG. Sí, mi buena Enriqueta. Ese lo acepto con gusto. Dámelo. (Se besan.) ¿Era eso?

ENR. Es usted muy buena, señorita Magda, y yo la quiero mucho.

MAG. (Quitándose el velo.) Escucha, Enriqueta; descuelga esos dos cuadros y coloca en su lugar otros que compré ayer, que están en mi habitación.

ENR. Señorita, esas cosas de iglesia, aquí en el gabinete de las visitas... (Descolgando dos cuadros.)

MAG. Anda, Enriqueta, anda; que esas cosas de iglesia, como tú dices, deben de estar bien en todas partes.

611899

ENR. No, no lo decía por ofender. (Timbre.) ¡Llaman! ¿Voy á abrir?

MAG. Terminemos esto antes. (Mutis Enriqueta.)

ENR. (Saliendo 1.ª izquierda con cuadros.) Ya están aquí. Son hermosos. Jesús está muy bonito en este.

MAG. Un poquito más de respeto, mujer. (Timbre.)

ENR. Vuelven á llamar. ¿Voy? Bien, ya están colgados. (Sale y entra con una carta.) Del padre Agustín.

MAG. Dámela. (La lee.) ¡Gracias, Dios mío! ¡Qué día más hermoso el de hoy! No te puedes suponer, Enriqueta, lo que significa esto. Prométeme que no se lo dirás á nadie.

ENR. ¿Y me entera?...

MAG. Sí.

ENR. Pues se lo prometo muy formalmente.

MAG. Toma, lee.

ENR. ¡Qué letra tiene el padre! ¡Qué bien escribe!

MAG. Escrita á máquina.

ENR. (Leyendo.) «Magdalena: sin preámbulo alguno, te comunicaré la noticia, ¡nuestra gran noticia! Han terminado con éxito, las gestiones para tu ingreso en el convento...» Para tu ingreso en el convento... ¿Va usted á ingresar en un convento?

MAG. Te sorprende ¿verdad?

ENR. Tanto, que lo leo y no lo creo.

MAG. No puede ser más cierta la noticia.

ENR. ¡Tan de repente, sin decirme nada! ¡Qué alegría para los viejos y qué empacho de envidia para doña Lupe... ¿Se acordará usted mucho de nosotros, de los que la queremos?

MAG. A todos os tendré siempre muy presente.

ENR. ¿A mí también?

MAG. Sí, querida Enriqueta.

ENR. Gracias, señorita. ¡Qué buena! Bien decía yo que usted iba para santa.

MAG. Acércate á la Merced y si llegó el padre Agustín le ruegas en mi nombre, que venga á comunicar á mis padres la grata nueva y á recabar el permiso. Yo, no me atrevo.

ENR. ¿Pero, no están enterados?

MAG. No; nadie sabe nada.

ENR. Si quiere usted, ahora mismo les hablo yo. ¡Me-

nuda alegría: una hijita monja que siempre estará rogando por ellos, y como es natural, por la vieja Enriqueta!

MAG. Has prometido guardar reserva. No tardes en hacer lo que te he dicho.

ENR. Voy en seguida. (Váse.)

ESCENA II

MAGDALENA y D.ª ESTRELLA por la 2.ª izquierda.

MAG. ¡Mamá!

D.ª ES. Felices días, hijita: ¿fuiste á la Merced?

MAG. Sí; oficiaba el padre Agustín, y el día de hoy hay que honrarlo ya de mañanita.

D.ª ES. Sería extraño que faltaras tratándose del padre Agustín. Por otra parte te pasas la mitad del día en la iglesia.

MAG. ¿Me reconvienes?

D.ª ES. Es tu agrado, no debo de reconvenirte. Sin embargo, no te ocultaré que tu padre no está muy satisfecho de tu proceder en la actualidad. Practicas con exceso, tus deberes religiosos. Antes no eras así.

MAG. Verdad es. Pero, ¿qué mal hay en ello? ¡Habríais de alegraros!

D.ª ES. ¿Hablas con sinceridad?

MAG. ¡Por Dios! ¿Te he mentido alguna vez?

D.ª ES. Puedes no mentir en las frases, pero puedes ocultar pensamientos. Ahí está papá.

ESCENA III

MISMAS y D. PABLO, 2.ª izquierda

D. PA. (Sin americana.) Me voy á permitir la libertad de tirarle de las orejas, señorita.

MAG. ¡Papá!

D. PA. ¿Por qué en el día de hoy, día de santa Magdalena,

no me despertó usted con un par de besos? ¡Conteste pronto, sinó se le formará consejo sumarísimo!

MAG. Era muy temprano cuando salí. Pero no faltó quien los haya recibido: vuestra fotografía. Y ahora toma este para desagraviarte.

D. PA. Bueno; entonces á quien se le incoará sumaria, será á esta señora. ¿Sabes por qué?

MAG. Tú dirás, papá.

D. PA. Me ocultó la ropa para que no pudiera felicitarte antes que ella. La americana todavía no sé por donde andará.

D.ª ES. No le creas, viene así porque quiere presumir. Pretende ponerse de tiros largos.

MAG. ¿De levita?

D.ª ES. Sí.

MAG. Gracias, papaíto. Estás muy guapo cuando te la pones. Adoptas aquel aire marcial de tus buenos tiempos de militar en activo.

D. PA. ¡Tiempos lejanos...!

D.ª ES. ¡Llaman! ¡Enriqueta! Vámonos, te daré la prenda, que así no puedes recibir á nadie. Otro beso, Magdalena.

D. PA. Mucho cuidado con lo que haces. Incurrirás en pena de reincidencia. ¡A mí primero!

D.ª ES. ¡Magdalena!

D. PA. ¡Magda!

MAG. Papaítos, besarme los dos al mismo tiempo. (D.ª Estrella y D. Pablo salen por la izquierda, Magdalena por la derecha.)

ESCENA IV

MAGDALENA y un MOZO por la 2.ª derecha; éste trae una bizcochada y una bandeja con pasteles

MAG. Pase. Han tardado.

MOZO Sí, señorita. Ha sido culpa del horno. Dice mi amo que se fijen en esta bizcochada; está muy buena.

MAG. Coloque las bandejas ahí dentro, en el comedor. (Mutis el Mozo, 1.ª derecha con las bandejas y enseguida sale sin ellas.)

Mozo Ya está, señorita.
MAG. Tome, esto para usted,
Mozo Muchas gracias, señorita, y que pase el santo con felicidad. (Mutis el Mozo 2.ª derecha y Magdalena 1.ª derecha.)

ESCENA V

D.ª ESTRELLA y D. PABLO, 2.ª derecha.

D. PA. Observo que se está pasando de moda esta levita ¿eh?
D.ª ES. Según como la mires. Por delante aún está de buen ver. Por aquí perdió algo la forma. ¡Cómo andas un poco encorvadillo!
D. PA. No, no es eso. A una prenda que cuenta un sin número de años de servicio, no se le puede exigir la misma marcialidad que á la acabadita de salir de la Academia.
D.ª ES. Sin embargo, fíjate que bien le sienta al pollo de las de Nogales cuando se la cedes para asistir al Real.
D. PA. ¡A Periquín le está mejor!
D.ª ES. Indudablemente. Como le estará á todos los que tengan curvas.
D. PA. Hace tiempo que no me la pide.
D.ª ES. ¡Pero no sabes! Alterna con Salazar. ¡Se han hecho una para los dos!
D. PA. ¿Cómo es posible eso? Salazar grueso y pequeño, y Periquín parece una flauta con nudos.
D.ª ES. El prudente término medio lo arreglaría.
D. PA. (Mirando los cuadros.) ¿Qué significa esto?
D.ª ES. ¿Qué? ¡Ah! Los cuadros que compró ayer Magda. Me suponía que los dedicaba para su habitación.
D. PA. (Cogiendo un libro.) ¡Vida de Santa Teresa de Jesús! ¡Qué fervor le entró á esta muchacha! ¿Te explicas lo que le sucede?
D.ª ES. Nada puedo decirte. Ignoro á qué obedece.
D. PA. ¿No supones nada? ¿Ha tenido alguna contrariedad amorosa?
D.ª ES. No, su único novio ha sido Ezequiel y el rompi-

miento data ya de un año y hace sólo unos meses, tres ó cuatro, que se acentuó en ella ese cambio.

D. PA. Estrella, algo me ocultas. Es imposible que una madre desconozca lo que pasa en el corazón de su hija. Sin otra preocupación que ella: ¿cómo no la has estudiado, no has pretendido saber lo que piensa? Y ella ¿va á tener secretos para tí?

D.ª ES. Es un carácter orgulloso, poco comunicativo, el tuyo. Parece como si temierais ser débiles, altos de entereza y os rebeláis contra ciertas explosiones del alma, que piden confidencias, ternura.

D. PA. Por eso quizás la quiero tanto como la quiero, y adivino no sé por qué, una verdadera tormenta en su cabeza. ¡Una tormenta que no estallará nunca!

D.ª ES. Quien sabe sí la tormenta la estamos inventando nosotros y todo se reduce á un nubarrón que descargará pronto.

ESCENA VI

MISMOS y MAGDALENA, que sale por la 1.ª derecha

MAG. Habéis quedado callados.

D.ª ES. Sí, hablábamos cosas sin importancia.

MAG. ¿Y qué era ello? (Coge el libro.)

D. PA. (A D.ª Estrella.) Mírala. ¡Magdalena!

MAG. ¿Qué, papá? (Timbre.)

D.ª ES. Llaman.

MAG. Voy á abrir.

ESCENA VII

MISMOS: D.ª LUPE y LUPITA por la 2.ª derecha

D.ª ES. Doña Lupe... Lupita. Tomen asiento.

D.ª LU. Un momentito nada más. El preciso para felicitar á Magda y saludar á ustedes. ¿Cómo va ese valor, D. Pablo?

D. PA. Bien, D.ª Lupe, bien.

D.ª LU. ¿Y de aquellos ataques cerebrales?

D.ª Es. Parece que ya han pasado á la historia. Felizmente no se han repetido desde hace tiempo. ¿Tomarán unos pastelitos?

D.ª Lu. Por no desairar. Hemos desayunado fuertecito. ¿Verdad, Lupita?

Lupi. Si, mamá.

D.ª Es. Avisa á Enriqueta, Magdalena.

Mag. Yo iré. (Mutis 1.ª derecha.)

D.ª Lu. No te molestes, Magda.

D. Pa. No, lo hace con mucho gusto. Son tan pocas las veces que las vemos por aquí, ¡tres al año! El santo de éstas y el mío.

D.ª Lu. Verdad es. Todo el tiempo me lo absorve la educación de esta niña. Está en ese paso crítico de la crisálida...

D. Pa. Sí, sí, y es un mal paso por cierto. Estás muy crecida, Lupita; ¿cuántos años tienes?

Lupi. Pues... mi mamá se lo dirá.

D.ª Lu. Verá usted, fácil es saberlo; nació... ¡Dios mío, qué memoria...! (Viendo á Magdalena que entra con dos bandejas por la 1.ª derecha.) Mujer, tantas molestias. (Coge una bandeja.)

D.ª Es. Ofrécele á Lupita, vamos.

D.ª Lu. Tantas gracias. ¿Y ustedes? ¿D. Pablo?

D. Pa. Yo tomaré mi bizcochada algo más tarde. (Pausa.)

D.ª Es. Lupita, otro.

Lupi. ¿Y tú, mamá?

D.ª Lu. Tomaré otro para animar á la niña.

D.ª Es. (Que oye llamar.) ¡Enriqueta!

Mag. Es Chelo la que ha llamado. (Mutis.)

ESCENA VIII

Mismos, D.ª TERESA y CHELO

Che. Muy buenos días, doña Estrella.

D.ª Es. Tanto bueno por aquí.

Che. Mi coronel, buenos días.

D. Pa. Hola, diablillo, apresurada has salido de casa.

Che. ¿Apresurada?

D. PA. Apresuradísima. Dame tu pañuelo; vienes atroz de polvos.

CHE. No vaya usted á figurarse... me los arrojó un gracioso.

D. PA. No me sorprende que estés sin novio. ¡Quién te va á querer con estas cosas en la cara!

CHE. La que no quiere soy yo; me ronda uno de caballería; ¡si viera usted cómo se emociona cada vez que me vé!

D. PA. ¡Basta que lo veas tú!

CHE. No, si yo no le miro, me lo dicen mis amigas.

D.ª ES. Chelo, un pastelito.

CHE. Por gerarquías. (Coge la bandeja.) Primero, don Pablo.

D. PA. Aún no es mi hora, ya sabes que no puedo.

CHE. Descortés como casi todos los del sexo.

D. PA. Menos el de caballería ¿eh?

CHE. Por eso digo casi. Ahora por edades. (Aparte á don Pablo.) Atención. ¿Doña Lupe?

D.ª LU. (Que no le ha gustado lo de la edad.) Acaban ustedes de entrar. Primero á su mamá.

CHE. Son de confianza. ¿Me desaira?

D.ª LU. Gracias. Espere usted, tomaré otro para Lupita. Uno nada más, porque hemos desayunado fuertecito.

D. PA. (A Chelo.) Te la ganó por la mano. Ya no puedes ofrecer y por consiguiente hacer vieja á Lupita.

CHE. Es usted muy mal pensado.

D.ª LU. Eso no está bien. ¿Cómo es posible que usted se quede sin tomar nada? Vaya, este grandecito, que á las niñas les gusta mucho el dulce.

CHE. Pero si yo me he desayunado de verdad!

D. PA. (A Chelo.) Vuelve por otra. Doña Lupe tira con bala rasa y hace pupa.

CHE. ¿Sí? Pues me vengaré en usted. Nos tomaremos entre Magda y yo su bizcochada. (Se sienta al lado de Magda, que está hacia primer término izquierda.)

D.ª LU. Nos perdonarán que nos retiremos. Tengo precisión de hablar con el padre Agustín. Adiós, doña Estrella. Adiós, Magda, ¡estás tristona! ¿Qué te pasa?

CHE. Timidez. Falta de confianza. Supongo yo que será eso.

D.ª LU. ¿Cómo es posible, conociéndose ustedes desde hace tantos años?

CHE. No me refería á nosotros que casi somos de la familia...

D. PA. Adiós, doña Lupe; me urge escribir unas cartitas. (A Chelo.) No busques á doña Lupe que es muy lagartona.

D.ª LU. Adiós, doña Estrella. (Despedidas, saludos y mutis doña Lupe y Lupita.)

ESCENA IX

MISMOS y enseguida el DOCTOR ALBERTO; 2.ª derecha

CHE. ¿Murmuramos?

D. PA. ¡Vengativa!

ALB. Buenos días.

D.ª ES. ¡Alberto!

D. PA. Hola, Doctor. Ya casi te había olvidado. Apenas te dejas ver.

D.ª TE. ¿Muchos enfermos?

ALB. Desgraciadamente, bastantes, señora.

CHE. Afortunadamente querrá usted decir, porque si no hubiera enfermos...

ALB. No habría médicos, lo sé. Pero puede en mí más el amor á la humanidad, que el egoísmo personal. Esto que no lo sepan mis compañeros, porque me declararían el boycot. Como estoy algo de prisa, cumpliré el objeto de mi visita. Magdalena, muchas felicidades.

MAG. Gracias, Alberto, siempre tan cortés.

ALB. Desde luego. ¿Pero en qué sentido lo dices?

MAG. Me parece que tu presencia es debida á cortesía, á educación; sin satisfacción por tu parte.

ALB. Es decir, que crees que obedece á compromiso. Si así fuese, con una tarjeta hubiera cumplido. Además, mi conducta no te autoriza á expresarte en esa forma. Siempre te he demostrado cariño, porque siempre te he querido, desde hace muchos años,

desde que éramos pequeñitos, y los santos cariños de la niñez, mueren con nosotros. Si fueras mi hermana, no te querría más.

MAG. Convencida, Alberto. Y ya que has cumplido conmigo, cumple con tus enfermos.

ALB. Ahora eres tú, que me despides.

MAG. Ni en broma digas eso. Para mí la devoción es antes que nada, pero hay obligaciones sagradas.

ALB. Pues escucha, Magdalena; contigo podía hermanar la obligación y la devoción, como profesional y como amigo cariñoso.

MAG. ¿Enferma yo?

ALB. Quizá muy enferma. No del cuerpo; hay otros males: los del espíritu.

D.ª ES. ¿Quiere usted verlos ahora?

D.ª TE. Cuando usted quiera.

D.ª ES. Vamos entonces. Alberto por un momento.

ALB. Yo me despido ya.

D.ª ES. Déjate ver más á menudo.

D. PA. Te digo lo mismo.

ALB. Procuraré complacerlos, doña Teresa. Adiós, Magdalena. (Váse.)

MAG. Adiós.

D.ª ES. ¿Vamos?

D. PA. Hasta ahora. (Mutis 2.ª izquierda.)

D. TE. ¿Y vosotras?

CHE. Ahora iremos.

D.ª TE. ¿Secretitos? (Mutis por la 1.ª izquierda.)

ESCENA X

MAGDALENA, CHELO

CHE. Vamos á ver, ¿qué te pasa? ¿Te ha salido algún novio?

MAG. Que ocurrencia. ¿Por qué?

CHE. Porque tienes una cara muy fúnebre.

MAG. ¿Y ahora?

CHE. Ahora parece como si le hubieras dado calabazas.

MAG. Así debía de haberla tenido, porque la alegría no

me cabe en el cuerpo. Pero necesito ocultarla porque hay alegrías que dañan.

CHE. ¿Qué es ello?

MAG. Es el logro de una aspiración ardientemente deseada. Es la vida sin hipocresías y falsedades. La aproximación á un mundo ideal, al mundo de los afectos puros y eternos, donde no existen desengaños y hastíos. Es...

CHE. Es un patético párrafo del padre Agustín que me estás colocando.

MAG. Es la expresión de lo que siento. Estoy muy alegre. Pronto me alejaré de vuestras miserias...

CHE. Muchas gracias por la parte que me corresponde. Te estás pareciendo á Cristóbal Colón cuando aún no había descubierto su nuevo mundo, pero aseguraba que existía. ¿Quieres decirme donde está el tuyo?

MAG. Esta carta te lo dirá.

CHE. (Tomando la carta.) Mucha es mi curiosidad y no me atrevo á leer lo que ya presiento. ¿Es de mucha gravedad?

MAG. La leeré yo.

CHE. No. (Después de leerla.) ¿No será todo una broma tuya...? ¿Por qué has guardado tanta reserva; no tenías confianza en mí para enterarme de tus intenciones?

MAG. Las resoluciones inquebrantables no precisan confidencias.

CHE. Temías seguramente que se debilitaran. ¡No concibo cómo has pensado semejante locura! ¿Y tus padres?

MAG. Aun lo ignoran.

CHE. ¿Ni á tu madre le has dejado entrever algo?

MAG. Nada sospecha.

CHE. ¡Pobres viejos!... Pero ¿qué pudo influir en tí para transformarte con tal rapidez? ¡Si nunca has amado la Iglesia como deben de amarla quienes pretenden vivir su vida!

MAG. ¿Supones que me falte vocación?

CHE. Hoy, no sé. Hablaba de tiempos anteriores, de cuando querías á Ezequiel... ¿Hay alguna relación acaso?

MAG. No desatines. No sé cómo explicarme para satis-

facer tu curiosidad. Son cosas que pasan, y de ellas lo único que se sabe es que pasan. Pretender buscarles una razón, es atribuir á Santa Teresa que sus éxtasis fueron debidos á desengaños ó á contrariedades sentimentales. ¡Sería humanizar aquellas sublimidades! Yo, poco á poco, fuí sintiendo la necesidad de una nueva vida y á medida que de mi alma se adueñaba ese deseo, el mundo, vuestra sociedad, se iba alejando de mí. Observa como en los últimos tiempos, mi nombre no iba unido á ninguna clase de fiestas. Llegó un día, un día de esos que todos tenemos en nuestras vidas, un día revelador de lo que el destino nos tiene reservado. Yo sentía algo extraño, sin poder precisar lo que me sucedía. Las personas y los objetos, los veía rodeados por gasas y nubes, unas nubes sutilísimas que espiritualizaban lo grosero de las formas. Yo misma me sentía aliviada de nuestra oprobiosa materialidad. Todo, en fin, lo encontraba ideal. Asistí como de costumbre á las oraciones. Enfrente de mí estaba aquél hermoso cuadro que tú conoces, y que representa uno de los momentos de la toma del voto. Instintivamente la atención se fué concentrando en lo que mis ojos estaban viendo. No, no fué delirio de la imaginación; el cuadro se convirtió en altar, las figuras adquirieron vida, relieve; se las hubiera podido trasladar de lugar. Lo plástico había desaparecido. Fué un momento de realidad. Aquella escena era para mí un aviso que me ordenaba una nueva ruta, la entrada en esa nueva vida de excelsitudes, porque ya debes de suponértelo, la del cuadro, la que profesaba, era yo.

CHE. ¡Pobre Magda! ¡Qué te habrá hecho cambiar así! ¡Jamás me lo dirás!

ESCENA XI

MISMAS y D. PABLO con un ramo de violetas; por la 2.ª izquierda

D. PA. Chist, no alzar la voz. Toma este ramito que te regala tu padre. Es mío sólo, que conste, ¿eh? Lo

tengo escondido desde ayer para que no se enterara tu madre; ¡la rabieta que va á pillar!

CHE. Ajadito está.

D. PA. Lo había ocultado dentro de la chistera y se le ocurre á Teresa cepillarla hoy, por si íbamos al teatro. ¡Los sobresaltos que pasé! Tuve que contarle por centésima vez, lo milagrosamente que me salvé del Barranco del Lobo. Se olvida de todo cuando le hablo de cosas de la guerra. Ahí vienen. (Sale quedándose en la puerta 2.ª izquierda oculto por el cortinaje.)

CHE. ¡Violetas! No sé á quien le oí decir que su perfume predispone al misticismo.

ESCENA XII

MISMAS, D.ª ESTRELLA y D.ª TERESA; después D. PABLO

D.ª TE. (A Magda.) Son de un gusto exquisito.

MAG. Ha sido mamá la que los compró.

D.ª ES. Vuelvo á ponerlos á su disposición. ¡Hola! ¿Por dónde han venido estas violetas?

MAG. Una sorpresa de papá.

D.ª ES. (Viendo salir á D. Pablo.) Muy bien, Pablito, eres un buen papá.

D. PA. ¿No te disgustó?

D.ª ES. ¿Cómo iba á disgustarme?

D. PA. (Decepcionado.) Misterios del corazón femenino.

D.ª TE. Doña Estrella, ya se nos aproxima la hora.

D.ª ES. ¿De retirada?

ESCENA XIII

MISMOS, D.ª LUPE y LUPITA por la 2.ª izquierda; después ENRIQUETA por la 2.ª derecha.

D.ª LU. ¡Qué callado lo tenían! No está bien, doña Estrella; y tú, Magda, reservada con tu mejor amiga. Comprendo que ciertas noticias no deben echarse al viento, ¡pero con las íntimas de casa!

D.ª Es. Pero doña Lupe, ¿se puede saber...?

D.ª Lu. ¡Lo del convento!

D. Pa. ¡Lo del convento! ¿Qué le ocurre al convento?

D.ª Lu. ¡Qué disimulo! Si me lo acaba de decir el padre Agustín.

D. Pa. Doña Lupe, cuando estuvo usted aquí, hace un momento, razonaba bastante bien. ¿Qué le ha sucedido para que ahora no la entendamos?

D.ª Lu. Depende de ustedes, que no quieren entenderme. Bien claro les digo, que estoy enterada de que Magda se prepara para entrar en un convento.

D. Pa. ¡Magda á un convento! ¿Quiere decirme de donde ha salido esa paparrucha? Son ustedes, con sus fantasías, peores que una docena de baterías. Daría mi laureada por saber quien fué el simpático inventor ó inventora de semejante patraña!

D.ª Lu. ¡Don Pablo!

D. Pa. Gozan ustedes llevando la intranquilidad á todas partes. (A Magda.) ¿En qué se fundan para suponer que eres capaz de abandonar á tus padres?

D.ª Lu. Don Pablo, no era mi intención mortificarle, al contrario; creía que era un motivo de orgullo. Le suplico que me perdonen, y con permiso de ustedes me retiro.

D.ª Te. Y nosotras también

Enr. (Entrando.) El Padre Agustín dice que desea saludar á los señores.

D. Pa. ¡Qué extraño; nunca ha estado aquí!

D.ª Es. Querrá felicitar á Magda.

Mag. Vamos, mujer; hazle entrar.

D.ª Es. (A Magda.) Pero, ¿es verdad?

Mag. Sí.

D.ª Lu. ¿Quiere ordenar á Enriqueta que me traiga un poco de agua.

D.ª Es. Ahora mismo.

ESCENA XIV

Mismos y PADRE AGUSTÍN (vestirá traje seglar y alzacuello)

P. Ag. Muy buenos días.

Mag. Buenos días, padre Agustín. Le presentaré á mis papás.

P. Ag. Tantísimo gusto. Son ustedes antiguos conocidos míos.

Mag. Doña Teresa, su hija; doña Lupe.

P. Ag. ¡Ah! Doña Lupe. Hace un momentito nos hemos hablado. (Entra Enriqueta con el agua pedida.)

Che. (A Teresa.) Marcharos enseguida, y sobre todo llévate á doña Lupe, que la curiosidad le seca la garganta. Yo me quedo, ya te explicaré.

D.ª Te. (Con tristeza.) Algo adivino. (Alto.) Doña Lupe, como ya estábamos despidiéndonos de esta familia, nos perdonará el Padre Agustín...

P. Ag. Desde luego, señoras. Adiós, doña Lupe; á los pies de ustedes.

D.ª Lu. Adiós, Padre. ¿Tienes sed, Lupita?

Che. No bebas más Lupita, que á tu edad no es bueno; además, estás sofocada.

D.ª Te. Un beso, Magda. (Salen.)

ESCENA XV

D.ª ESTRELLA, MAGDALENA, CHELO, D. PABLO y P. AGUSTIN

D. Pa. Si usted gusta, nos sentaremos. (D. Pablo y Padre Agustín se sientan á la derecha, los restantes formando grupo á la izquierda.)

P. Ag. Daré á ustedes cuenta de la misión honrosísima que me ha traído á esta casa.

D.ª Es. (Suplicante.) ¡Padre, un momento!

Che. ¿Quiere tomar alguna cosita, Padre? Le invitamos en nombre de Magdalena.

D. Pa. ¿Qué misión decía usted?

P. Ag. La de comunicarles la decisión de Magdalena, de vestir hábitos santos y solicitar de ustedes la conveniente autorización.

D. Pa. ¡No mentían...! ¡Esto es un sueño...! ¿Has oído?

D.ª Es. Pablo, cálmate.

D. Pa. ¿Es cierto que quieres ser monja? ¡Habla, quiero oírlo de tu boca, quiero saber si en la Iglesia existe quien deba ser más adorado que nosotros por tí, hija única de padres viejos! Y usted, representante

de la justicia divina: ¿cómo no ha entendido su verdadero deber; por qué no ha evitado que tomaran vida sus primeros pensamientos; por qué no me los participó?

MAG. Papá, discúlpale á él y perdóname á mí. Ni sus consejos, ni su intervención, han influído ni alentado mis expontáneos deseos.

P. AG. Caballero, respeto su dolor que entiendo egoísta, pero como mi presencia no debe autorizar ciertas reticencias, y como ya he terminado mi misión, me retiro, aconsejándole cierta reverencia y resignación á lo que después de todo constituye un honor para ustedes.

D. PA. ¡Un honor...! Como tal lo estimaría si me rodearan más hijos. Pero en estas circunstancias, tratándose de la única, ¿cómo permitir que nos abandone, cuando por ella alentamos, existimos? No soy yo, es el instinto de la vida quien se rebela y de justicia es que se defienda: ¡derecho tan sagrado, cómo santos pueden ser los propósitos de Magdalena!

P. AG. El amor á la vida debe de ser compatible...

D. PA. (Interrumpiéndole.) ¡Sí! ¡Sí! Ya sé lo que va usted á decirme. ¡Que acepte el sacrificio!... ¡Que viejo ya, debo de anularme, ofrecer la pasividad de los resignados!... No, Padre Agustín. Sin lucha sólo renuncian á la vida los agotados, los de alma muerta, los autómatas... ó aquellos sublimes cristianos del Circo Romano. Además, no soy yo sólo. ¿Soportaría esta pobre madre el dolor de la separación? ¡Vea usted si están justificados mis arrebatos! (En tono amistoso.) Compadézcase de élla é influya con esta descarriada para que no se aleje de su verdadero aprisco.

MAG. ¡Papá!

D. PA. ¿Qué, hija?

D.ª ES. (Suplicante) ¡Magdalena!

D. PA. ¡Habla!

P. AG. No temas, hija mía.

D. PA. No es necesario, bastante elocuente es su silencio. ¿Insistes?

MAG. (Con voz débil.) Sí. (Pausa.)

D. PA. ¿No puedes admitir un aplazamiento? (Paternal.)

No viviremos ya mucho tiempo, Magda. ¡Espera!... ¿No comprendes que eres nuestro único consuelo? ¿Callas? ¡Hija desnaturalizada, mereces no ser dichosa jamás, justo castigo al daño que haces! ¡Padre Agustín, un minuto! ¡Renuncio á la lucha con mi hija! (Entra en sus habitaciones: D.ª Estrella le sigue hasta la puerta observando desde dentro de la escena. Los demás personajes: Magda esperando con anhelo la autorización que está firmando D. Pablo. El Padre Agustín cerca de Magdalena pensativo. Chelo acercándose á D.ª Estrella. Gran pausa. Sale D. Pablo, deja el consentimiento sobre la mesa y se sienta con abatimiento.)

MAG. (Recogiendo el permiso y entregándoselo al Padre Agustín.) ¡La autorización!

D.ª ES. (Arrodillándose al lado de D. Pablo.) ¡Pobre viejo!

TELÓN

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto primero

ESCENA I

CHELO y D. PABLO

D. PA. Pasa por alto la descripción del panorama y demás zarandajas literarias y veamos qué movimientos hizo el enemigo.

CHE. ¿A cuál de los dos ejércitos llama usted enemigo? Porque ambos son extranjeros.

D. PA. Al que parece más fuerte. Nuestras simpatías siempre acompañan al débil.

CHE. Conforme. Debido á eso, siempre le consideraré á usted como enemigo.

D. PA. ¡Cómo enemigo!

CHE. Sí; por su fortaleza, su carácter enérgico, indoblegable, vencedor siempre.

D. PA. Con la mejor intención me estás haciendo conocer lo insignificante que somos, que soy. Fíjate como me agota el adversario, que está parapetado aquí dentro. Unas fiebres... nada, y un hombre enérgico, como tú dices, que se vá.

CHE. ¡Por Dios, ánimo, don Pablito! Que no observe el enemigo que flaqueamos. ¡A luchar! Por de pronto le atizaremos de sorpresa una de tiro rápido. (Le hace beber el contenido de un vaso.) Además es necesario cumplir las órdenes del generalísimo doctor Obús, por otro nombre D. Alberto Sepúlveda, que no tardará en aparecer.

D. PA. Muy buena persona Albertito. Ya le conocía, pero ahora, con ocasión de mi enfermedad, he aprendido cuanto vale su corazón. Y á tí, cuanto te debo

también, lo mismo que la pobre Estrella, que tanto ha cambiado. (Pausa.)

CHE. ¿En qué piensa, don Pablito?

D. PA. No, no creas; no pienso en nada.

CHE. ¿Ni en nadie? ¿No hay ningún pensamiento para cierta personita ausente?

D. PA. No, Chelo; no tengo recuerdos para quien no debo de acordarme.

CHE. Desde luego le creo. Pero ¿no siente curiosidad por saber de ella... por verla un momento? ¡Es posible que esté cambiada!

D. PA. ¿Cambiada?

CHE. Es probable que la vida austera del convento, haya influído en su parte física... que aquellos ojazos tan negros hayan perdido expresión...

D. PA. Eran unos ojos muy hermosos, es cierto.

CHE. Mucha vida; á mí me encantaban. Tenían otra particularidad; la expresión, la exactitud con que reflejaban todas las impresiones.

D. PA. ¿Y qué decías de cambiados?

CHE. No afirmaba que hubiera cambio, es solamente un temor, pero para salir de dudas, hoy mismo podemos verla, quizás venga.

D. PA. ¿Verla? No, ni verla ni hablar de ella. Esa persona ha muerto para mí.

CHE. ¿Quién, don Pablo?

D. PA. Esa persona.

CHE. ¿Magdalena?

D. PA. Esa persona.

ESCENA II

MISMOS y D.ª ESTRELLA por la 1.ª derecha, con una vasija con agua caliente.

D.ª ES. Ayúdame, Chelo, que vengo quemándome.

CHE. (A doña Estrella.) Tampoco hoy la verá; ni el nombre quiere pronunciar.

D.ª ES. ¿Continúas con frío?

D. PA. Horrible. Tengo las extremidades heladas, pero no te preocupes; se resiste bien.

D.ª Es. Acuéstate; ha sido una gran locura que te hubieras levantado.

D. Pa. No, déjame. Aquí siento más vida.

ESCENA III

Mismos y ALBERTO; 2.ª derecha.

Che. Ya tenemos aquí al doctor Obús.

Alb. ¡Don Pablo levantado!... ¡Qué disparate! ¿A quién se le ha ocurrido tal atrocidad?

D.ª Es. ¡A quien había de ser! ¿No conoces su testarudez?

Alb. (Tomándole una mano.) ¡Temblando! ¡Qué poco me agrada esto! Chelo, tenga la bondad de llamar á la criada.

Che. ¡Enriqueta!

Alb. Inmediatamente á la cama. Coja este brazo así, doña Estrella, y usted, Enriqueta, por este lado; vamos, apóyese firme, don Pablo. (Salen 2.ª izquierda. Timbre.)

Che. ¡Voy!

ESCENA IV

CHELO y EZEQUIEL, por la 2.ª derecha; después ENRIQUETA.

Che. ¡Qué sorpresa! ¿Has llegado hoy?

Eze. Esta mañana.

Che. ¿Con licencia?

Eze. No, para quedarme. ¿Y don Pablo?

Che. El pobrecillo, muy malo.

Eze. ¿Pero, temes...?

Che. Sí, temo lo peor. Precisamente, ahora, acabo de presenciar una escena que me impresionó. Sin la menor protesta, con la debilidad de un pusilánime, obedeció al mandato del médico que le obligó á acostarse. Esto que parece tan natural, ¿lo concibes en don Pablo?

Eze. ¿Cómo habéis permitido que se levantara?

Che. Para que creyera que no le suponíamos muy en-

fermo. Le proporcionamos el placer de dejarnos engañar. Pero la razón principal, y casi única, es que permitiéndoselo ó sin permitírselo, se hubiera levantado.

EZE. Y tú, ¿actuando de hermana de la caridad?

CHE. Desde hace tres meses. Desde el día que por consecuencia del disgusto, sufrió un ataque cerebral.

EZE. ¡Hay disgustos que cuestan la vida...! ¡Y hay hijas desnaturalizadas!

CHE. No condenes, Ezequiel. Piadosamente debemos de suponer que Magdalena obró sin consciencia. ¡Qué terrible expiación merecía, si así no fuera! Las razones hay que buscarlas en otro orden, donde no alcanza la inteligencia, y nosotros no podemos ni debemos formar juicio de lo que no nos es perfectamente comprensivo.

EZE. Es extraordinario lo que está ocurriendo. Hace quince meses pone fin á nuestros amores de un modo brusco y dando por toda explicación evasivas. Transcurre un año, y decide ingresar en un convento, sin tener en cuenta las tristes consecuencias que su acto podía acarrear. Esto podría servir como justificación á la parte que á mí me afecta; pero en aquel entonces, su devoción era la corriente, la tuya actual, y por tí, puedes pensar los deseos que ella tendría de ser monja. En resumen, que tan inexplicable es mi despido, como su abandono.

CHE. ¡Tres meses de novicia ya...! Los mismos que lleva don Pablo sufriendo y padeciendo, agotándose de una manera lenta, un día un poco, al siguiente otro poco... ¡Qué desmoronamiento! A mí me es imposible borrar las impresiones que fuí recibiendo... Lo quería mucho, y lo quiero, claro está. Me encantaba aquella pretendida arrogancia á su edad! Hoy, ya no sombra, ni recuerdo es de lo que fué... Y ella cuando viene...

EZE. ¿Pero viene aquí?

CHE. Sí, de tarde en tarde. Se sienta, se pone á leer su libro de oraciones, y abstracción completa. De nada de lo que aquí pasa se entera, ni á nadie atiende. Cosa extraña, el doctor es el único que á veces la distrae, pero así y todo, no consigue que

concentre mucho tiempo su atención en nada ajeno al libro.

EZE. ¿Qué doctor es?

ENR. (Saliendo á recoger la medicina.) ¡Señorito Ezequiel! ¡Bien venido!

EZE. Gracias, Enriqueta. ¿Cómo sigue don Pablo?

ENR. Dicen que muy mal, pero yo no hago caso. Estos médicos son muy exagerados; así después, cuando cura el enfermo, se dan más importancia.

CHE. Calle, Enriqueta, no diga eso de don Alberto.

ENR. Don Pablo no se vá de ésta. ¡Si todavía se levantó hoy! (Mutis 2.ª izquierda.)

CHE. Es la continuación de la familia.

EZE. Después de tantos años...

CHE. ¡Magdalena! Conozco su llamada.

EZE. ¡Qué coincidencia!

CHE. Voy á abrirle. (Mutis.)

ESCENA V

CHELO, EZEQUIEL y MAGDALENA por la 2.ª derecha

EZE. ¡Magdalena!

MAG. ¡Ezequiel! (Siéntase y lee en el libro.)

CHE. (A Ezequiel.) Lo de siempre. Os dejo solos. ¡A ver si consigues despertarla! (Mutis 1.ª derecha.)

EZE. Te ha interesado poco mi presencia en tu casa. ¿Tienes algún agravio?

MAG. Ninguno. ¡Qué agravios puedo tener de tí! Desde pequeñitos nos hemos estimado siempre.

EZE. Entonces hagamos honor á esa estimación. Coloca una señalita en el libro y concédeme unos minutos.

MAG. Como comprenderás, siendo ya quien soy, sólo ésto puede interesarme. (Por el libro.)

EZE. Pienso lo mismo que tú; así que te prometo no abusar.

MAG. ¿De qué quieres hablarme?

EZE. De una época relativamente próxima, de aquellos días en que todo lo que nos rodeaba, nos parecía hermoso; de cuando nuestras almas fugitivas se remontaban á regiones ideales á soñar. ¿Te acuerdas de aquello?

MAG. Debo de hacerte una observación: que tengas presente los hábitos que visto.

EZE. En la actualidad puedes escuchar sin temor al sacrilegio. Estás en período de prueba. Mi propósito es que recuerdes el pasado y veas el contraste. Todo vida, luz, paz... paz alegre; no la paz triste que gozas ahora, y que ni aún en ella creo, porque tu espíritu ha de estar conturbado por intranquilidades. Magdalena, aún es tiempo; un poco de misericordia para tu padre. ¡Quién sabe; todavía podían volver los días de dicha!

MAG. Para la mía, ya encontré el camino.

EZE. ¡Egoísta! ¿Y tú padre?

MAG. ¿Egoísmo? ¡Sacrificio! ¿Qué méritos podía alegar mi conducta si la impulsara el egoísmo? ¿Es que carece de peso en vuestra balanza lo que significa renunciar á comodidades, afectos, para que con una vida de modestia y recogimiento, aquél á quien nos acercamos, conceda sus dones á las personas queridas. Mira, mira mis ojos; ellos te dirán los rezos que han leído y mi cuerpo las rigurosidades de la orden. No te cause preocupación mi padre; confía en la bondad de aquel que todo lo sabe. Perdona. (Se pone á leer.)

EZE. Un momento más.

MAG. ¡Perdona! (Sigue leyendo.)

EZE. Perdona tú, pues seguirás escuchándome aún contra tu voluntad. En primer lugar, paso por alto la parte de engañosa que tiene tu argumentación. Fácil me sería hacértelo ver si estuvieras colocada en otro plano, y tu razón se hallara en condiciones de apreciar serenamente el pro y el contra, el alcance de ciertos actos. ¿No hay egoísmo? ¿Es que no pretendes con tus sacrificios de ahora, obtener una vida eterna de felicidad? Mi admiración y mis respetos te acompañarían si las circunstancias fueran distintas, si de tu proceder no se derivasen perjuícios para otros seres muy santos también. No te supongas que estas alusiones se hallen bastardeadas por ciertos pensamientos. Lo nuestro, lo mío, conmigo se queda, ya pasó. Conservaré los recuerdos, para los que tengo ya un santuario. Te

los ofrendaré también en las horas de mi recogimiento. ¡Tristezas, cómo tardáis en marcharos...! ¡Magdalena...! ¿No me escuchas...? ¡Magdalena!

ESCENA VI

MISMOS y ALBERTO, 2.ª izquierda, que habrá estado escuchando las últimas frases de Ezequiel. Después CHELO, 1.ª derecha

ALB. No se moleste. La esfinge no le contestará. ¡Verdaderamente es extraño que haya hablado tanto!

EZE. ¿Ha estado usted escuchando?

ALB. Sí, pero no por curiosidad; interés que me inspira la enferma.

EZE. ¿Con qué títulos?

ALB. Soy el médico de esta familia, y el deber me obliga á que observe todo lo que me pueda proporcionar indicios. Tengo puesto empeño en salvar á esta criatura, y como se trata de un caso algo obscuro, para poder diagnosticar en la forma clara que yo desearía, me veo precisado á no desaprovechar las ocasiones que pudieran depararme alguna luz. ¿Le satisfacen mis explicaciones?

EZE. Sí, señor. He aquí la mano de un amigo.

ALB. Gracias.

EZE. Una pregunta.

ALB. Diga.

EZE. ¿Atribuye usted á causas patológicas el actual estado de Magdalena?

ALB. Lo que categóricamente puedo afirmarle, es que en ese estado veo efectos producidos por causas morales.

EZE. ¿Y esas causas morales?

ALB. Probablemente las ignoraremos siempre. Combatiré esos efectos y no me parecerá poco si lo consigo. No se marche usted, que deseo me comunique algunos datos. ¡Chelo!

CHE. (Saliendo.) ¿Qué? ¡Aquí estoy!

ALB. Venga. (Le habla al oído y salen.)

EZE. ¡Magdalena!

ESCENA VII

MISMOS y ENRIQUETA; luego el PADRE AGUSTÍN, por la 2.ª derecha.

ENR. (Entrando 2.ª derecha.) ¡La señorita! (A Ezequiel.) Háblele de amores, señorito Ezequiel, tóquele al corazón, que ya no quiero que sea monja. (Mutis de Enriqueta que sale á abrir. A poco entra el padre Agustín, quien al advertir la escena, se queda en el dintel observando.)

EZE. (Colocado de pié detrás de Magdalena empleando ternura en sus frases y ademanes.) Magdalena, cierra el libro; hablemos un poco como buenos amigos. Tú tienes alguna pena, cuéntamela. Deposita tu confianza en mí, en tu hermano. ¿Por qué me dejaste? No creas, no te lo pregunto porque esté intrigado; únicamente para saber el motivo, con el objeto de ofrecerte mi auxilio, si resultase necesario. ¿Surgió en tí algún amor imposible? Confiésamelo con franqueza. ¿No comprendes que aunque fuese cierto, no mereces culpa? Son sentimientos que nos dominan, ajenos á la voluntad. ¿Por qué no me hablas algo? ¡No hay remedio! (Se vuelve y vé al Padre Agustín.) ¿También está usted, señor, observando la presencia de síntomas para diagnosticar?

P. AG. Caballero, no sé lo que quiere decirme. Al entrar me sorprendió la confianza que empleaba usted con Magdalena.

EZE. ¿Y por qué le sorprendió á usted?

P. AG. Primero, por su estado semirreligioso, y después, porque ignoraba que tuviese amistades tan estrechas, y que estas amistades no respetasen la santidad de sus hábitos.

EZE. Lo único que he de manifestarle, como contestación adecuada, es que si por esta sala han cruzado pensamientos malos, no fueron míos precisamente y menos de Magdalena.

P. AG. Valor, hija mía. No desmaye tu fe, puesta á prueba de asechanzas.

ESCENA VIII

MISMOS, ALBERTO y CHELO por la 2.ª izquierda.

ALB. Ha llegado usted oportunamente, padre.

CHE. (Al padre Agustín.) Don Pablo quiere verla, ayúdeme usted.

P. AG. Grata noticia, Magdalena, tu padre desea verte, confórtalo y...

ALB. De prisita, Chelo.

CHE. Sí; vamos, Magda. (Salen 2.ª izquierda.)

ESCENA IX

ALBERTO, EZEQUIEL y PADRE AGUSTÍN.

EZE. Mala espina me da esa entrevista. Muy grave debe de sentirse don Pablo, cuando consintió en verla.

ALB. En estos extremos desaparece el carácter. Es lo primero que muere. Están despidiéndose.

P. AG. Entonces es necesaria mi presencia allí.

EZE. No, respete este momento. Aguarde á que terminen.

ALB. Siéntese un instante, ya nos avisarán.

EZE. ¿No queda ninguna esperanza?

ALB. Para la ciencia, no.

P. AG. ¡Quién sabe; confiemos todavía!

ALB. ¿En algún milagro?

P. AG. Sin llegar á tanto. La medicina no es infalible.

ALB. Mire usted, Padre Agustín, para los vaticinios funestos, desgraciadamente, muy pocas veces nos equivocamos.

EZE. Perdone usted, si le recuerdo que deseaba hacerme unas preguntas.

ALB. Es una sola. ¿Por qué han terminado sus amores? ¿Hubo en la conducta de usted algo, por insignificante que le parezca, que pudiera haber influído en los sentimientos de Magdalena?

EZE. Nada; en mi conducta, únicamente, había exceso de cariño, y ésto no se le ocultará á usted que no puede desagradar á ninguna mujer. En mis procederes y pensamientos no cabía más lealtad.

ALB. Esto es lo que no llego á entender. ¿No se le ha ocurrido alguna idea, por descabellada que fuese?

EZE. Es una psicología tan complicada la de la mujer, que ante el temor de equivocarme, opté por la resignación, sin insistir en averiguaciones que no me habían de proporcionar la clave... y después de todo, ¿para qué? Los hechos seguramente no habían de dejar de ser como son. El Padre Agustín, ¿no podría suministrarnos alguna luz?

ALB. Sobre el punto que estamos tratando, se halla completamente á obscuras, y aunque hubiera llegado á descubrir lo que ignoramos, probablemente se lo reservaría; son secretos de la profesión. ¿Verdad, Padre Agustín?

P. AG. Usted lo ha dicho, y amparado en ello, permítame que no intervenga en la conversación.

ALB. Como usted vea. Si su conciencia también se lo aconseja, tanto mejor para usted. El interés santo que á mí me guía, no le es desconocido, y lamento, como se lo pedí en otras ocasiones, que no haya abogado por mi causa; hubiéramos evitado una desgracia y usted no tendría apuntado en el debe, el día de la liquidación final, una responsabilidad.

P. AG. Apuradillo me había de encontrar si fuera usted el encargado de llevar la contabilidad allá arriba. Y ya que tiene la vana pretensión de torcer los designios divinos, ¿no teme que su saldo sea negativo?

ALB. Es que no existen tales designios divinos, y usted es el primero que debía de reconocerlo. Ahí dentro, una vida se está agotando. ¿A quién prefiere usted que culpemos, á ese estado anormal, inconsciente, de Magdalena, ó á...?

P. AG. ¡Oh! ¡Basta... basta!... ¿A dónde quiere ir á parar? ¡Qué ofuscación!

ALB. Desengáñese usted, la razón no tiene más que un camino. (A Ezequiel.) Debilidad cerebral. He aquí la causa. Debilidad cerebral, que lo mismo puede producirla una afección física, que una preocupación intensa, constante. Y en tal estado, nada más fácil que una idea se adueñe del individuo, concentrándose en este único punto, todas las intensidades

del deseo. Conste que no hablo en general; me refiero sólo al caso de Magdalena.

EZE. Siendo así, hay que considerarla irresponsable...

ALB. Completamente irresponsable.

EZE. Entonces todavía no debemos de abandonar las esperanzas.

ALB. Más tarde se lo diré. Hasta ahora no me dieron resultado algunos recursos que puse en práctica. Hoy, la fatalidad me ofrece uno, y confío en que venceré. Es un procedimiento emotivo, brutal, que provocará una sacudida en su espíritu; algo así como una puerta violentada para que penetre del exterior aire, luz...

P. AG. Ya adivino... y si su talento no le sugiere otro ensayo, me opondré resueltamente á que sujete á tal prueba á ese ángel, todo delicadeza.

ALB. ¿Y con qué derecho? Después de todo, será la forma en que sepamos á quién acompaña la verdad.

ESCENA X

MISMOS y CHELO, 2.ª izquierda.

CHE. ¡Alberto!... ¡Padre Agustín!... Don Pablo...

ALB. Ande usted, Padre, dése prisa. Ahora son más urgentes sus auxilios que los míos. (Mutis Alberto y y Padre Agustín.)

CHE. ¡Ezequiel, qué desgracia! (Observa desde la puerta lo que ocurre en el interior. Gran pausa.)

ESCENA XI

MISMOS, MAGDALENA y ALBERTO, después D.ª ESTRELLA y PADRE AGUSTÍN por la 2.ª izquierda, que no pasa del dintel.

ALB. (Entrando con Magdalena á la que empuja suavemente. A Chelo y Ezequiel.) No interrumpirnos, que voy á intentar salvarla. (A Magdalena.) Magdalena, tu padre acaba de morir... ¡Tus ojos están secos! ¿No sientes la pérdida del pobrecito don Pablo, de

aquél anciano arrogante de barba blanca que tanto quería á su hija? ¡Murió de una pena muy grande, Magdalena! Escucha, te la voy á contar: un amor tenía, un amor que era tan grande, que de haberle faltado, también le hubiera faltado la vida; era necesario para su existencia, era el aire para sus pulmones. Quería á su hija como quieren los hombres fuertes. De pequeña, le contaba sus hazañas de la guerra, los episodios de sus cruces; y de mayor, era su afán ver constituído un nido de amor que la hiciera feliz y después morir tranquilo. No logró ese consuelo. La rosa que con tanto amor acariciaba fué trasplantada, y al desaparecer de su jardín, donde diariamente encontraba un manantial de vida gozando de su perfume, una pena muy honda se adueñó de su corazón, y lánguidamente, sin ansias de vivir, dejó volar su alma como había volado la de su amor. (La toma de la mano y la conduce hasta la puerta 2.ª izquierda.) ¡Ven...! ¡Míralo...! ¿No lloras? ¡Parece que duerme! Ya no sentirás más la protección de su mirada acariciadora... ¡Muerto, Magdalena...! ¡Muerto por tí...! ¡Ah! Ya lloras... Ven, siéntate. Y por tu madre, ¿no sientes pena? ¡Gran desgracia ha sido para ella! Sola se queda en el mundo. La abandonó el compañero de su vida... como tú les abandonaste. ¿No oyes sus lloros? ¡Sin hija y sin esposo? Chelo, llame á doña Estrella. (Mutis Chelo 2.ª izquierda.) ¡Sola y triste llevará su vida, su corta vida, porque la misma tristeza que mató á tu padre... (Entra Chelo sosteniendo á doña Estrella. El Padre Agustín se queda en la puerta.)

MAG. ¡Madre, madre mía! Tú no mueres... ¡Vivirás con tu hija del alma!

D.ª ES. ¡Hija mía! (Sollozan abrazándose.)

ALB. ¡Padre Agustín! ¡La vida, que triunfa!

TELÓN

ACTO TERCERO

La misma decoración de los actos anteriores

ESCENA I

D.ª ESTRELLA y MAGDALENA

D.ª Es. No trabajes más; arréglate un poco esa cabeza, que hoy tendremos visitantes.

MAG. ¿Quién supones que vendrá?

D.ª Es. Por de pronto, Ezequiel. Tiene muy presente todas nuestras efemérides, para que falte hoy.

MAG. Le agradecería lo mismo que cumpliera con una tarjeta. Prodiga con exceso las visitas.

D.ª Es. Pero, mujer, recuerda; si hace un mes que no aparece por aquí. Y la verdad, yo en su caso, cortaba por lo sano. ¡A cualquier hora soportaba tus desvíos! ¿Por qué esa aversión?

MAG. No, aversión no es. ¡No sé! Quisiera que sólo viese en mí á una amiga. ¿A qué insiste después de lo sucedido?

D.ª Es. ¡Qué fácilmente solucionas lo que no te agrada! ¿Crees acaso que los sentimientos obedecen á la razón? Demasiado comprende que se han malogrado sus intenciones, y sin embargo, sigue queriéndote. ¡Es lástima, merecía ser feliz!

MAG. Dejemos esta conversación.

D.ª Es. Como quieras.

MAG. ¿Qué más visitas esperas?

D.ª Es. La de Alberto; ésta te agrada.

MAG. Sí; por dos razones. Por su amistad leal, desinteresada, y por la solicitud que tu estado le ha inspirado siempre. ¡Es el médico ideal para nosotras! ¿No piensas como yo?

D.ª ES. ¡Claro que sí, aunque con menos entusiasmo! ¡Mi edad, ya no me permite sentir el fuego de los apasionamientos!

MAG. Pero no te impide ser agradecida, y sé que tu corazón es joven para sentirlo con la misma intensidad que yo.

D.ª ES. Y aún más verdad. Porque en el agradecimiento de los viejos, sólo hay metal puro; sin aleaciones. ¡Han llamado! ¿No recojes tu labor?

MAG. Sí; es Alberto.

ESCENA II

MISMAS y ALBERTO, 2.ª derecha

MAG. En nombrando á una persona...

ALB. ¡Magdalena!... ¡Doña Estrella!... ¿Me trataban bien?

MAG. Recordándote con las simpatías que mereces. ¡Mamá, encantada!

ALB. Muchas gracias. Son ustedes la bondad personificada; incapaces de tener un mal pensamiento, ni aún para los mejores amigos.

MAG. ¡Hombre, no exageres!

ALB. Una excepción. Y es sensible que no se proporcionen satisfacciones, hablando mal de todo el mundo.

D.ª ES. ¡Qué feo es eso!

ALB. Pero de buen tono. Nadie se da por ofendido. ¿Para qué? Se paga en la misma moneda y todos tan contentos, aunque hayan quedado entre las manos girones de piel y de honra. Un verdadero torneo, donde no son los hombres los que van á la zaga. Existe más espíritu de sexo en la mujer, ¡hasta en eso vamos claudicando! Bueno, á otro asunto; ¿cómo sigue esa salud, doña Estrella?

D.ª ES. Lo mismo, Alberto; sin apetito.

MAG. No se alimenta nada; parece increíble que pueda sostenerse en pie.

ALB. Unos días más de paciencia. Los precisos para instalarse en el campo. Allí le respondo que se va usted á reponer en seguida.

MAG. ¿Nos has encontrado ya la casita?

ALB. Una preciosidad. Lugar y vivienda. Vengo ahora de ultimarlo todo. La casa es blanca, alegre, cómoda. Pasa muy cerquita, á pocos pasos, el río. Al frente, un bosque de pinos. Frondosidad por todas partes, y, ¡ah! al lado un molino. Esto para mí significa mucho.

MAG. ¿Te gustan los molinos?

ALB. ¿Y á tí?

MAG. Sí. ¡El ruído de las presas...!

ALB. Burlona. Yo, en el conjunto, encuentro poesía. Además, hay un detalle muy simpático, el de las molineras; todas son bellas, si hemos de creer á los poetas.

MAG. En resumen, que has hecho una buena adquisición, ¿no es cierto?

ALB. En mi opinión, inmejorable. Si llegara á casarme, pudiendo, ese sería el nido para mis amores; hasta tiene la ventaja, por las pocas viviendas que constituyen el pueblo, de que puede prescindirse de preocupaciones sociales. De modo que empiecen á preparar lo que consideren indispensable.

MAG. ¿Irás á vernos?

ALB. Desde luego.

MAG. ¿Con frecuencia?

ALB. No mucha, porque no puedo abandonar los deberes de mi profesión, pero prometo abusar de la hospitalidad.

MAG. Conviene que te acostumbres á la casita, para cuando escondas en ella tu luna de miel.

ALB. ¡Pobre casita! Habrá que reedificarla para entonces. ¡Mi luna de miel! ¡Hay frases que parece que no son aplicables á uno!

D.ª ES. ¿No entra en tus cálculos casarte?

ALB. Me falta tiempo para buscar novia. Ya ve usted mi vida, agitadísima.

MAG. No es tan difícil encontrarla, como te supones.

ALB. Encontrarla, no embarga tiempo; surge. Buscarla, sí. Y á lo mejor se encuentra... lo que no se busca. Para un soltero que no quiera someterse á correr la prueba del albur, que quiera ser feliz, es un problema grave.

MAG. Eso claro que no puede ser así, en absoluto. Siempre hay riesgos, lo mismo para la mujer que para el hombre.

ALB. Pues no debía de haberlos, ó por lo menos, en pequeñísima cantidad. El progreso no intervino aquí. ¿Por qué la ciencia no descubre el secreto de la felicidad, de una felicidad duradera, eterna?

MAG. Aún con eso, ya ves cómo se van casando... y son felices.

ALB. Por casualidad. Yo sé de quién se casó por imitar á un amigo, al que profesaba verdadera admiración. ¡Un caso notable de idiotismo!

D.ª ES. Que deshonra la institución.

ALB. Felizmente, esta clase de catalogados no abunda.

MAG. A éstos, y á los que se casan... por seguir la corriente, yo los compadezco... ¡Pobrecillos! ¡Incapacitados para sentir inquietudes, alegrías, tristezas... todo lo que es alimento del amor!

ALB. No, no creas. ¡Son dichosos á su manera! La felicidad está en razón inversa á las exigencias del alma. Esto es un hecho. El paladar de un desheredado, no siente la necesidad, ni podría apreciar las exquisiteces de un manjar refinado. (Mirando al reloj.) ¡Qué tarde es...! Me voy á la consulta.

D.ª ES. La obligación ante todo.

ALB. Adiós, doña Estrella; avísenme cuando tengan preparada la marcha.

D.ª ES. Bien, Alberto, y muchas gracias.

ALB. Magdalena, adiós, y disponte á recibir la visita de los trovadores.

MAG. ¿Aquí, ó en la aldea?

ALB. En la aldea.

MAG. Con recibir la tuya me basta.

ALB. Gracias, ¡no sé que tal papel haría de trovador!

MAG. Ensáyalo.

ALB. No, no; perdería tu amistad. Adiós. (Mutis 2.ª dcha.)

ESCENA III

D.ª ESTRELLA y MAGDALENA. (Pausa)

D.ª Es. Has quedado pensativa.

MAG. Callada, no pensativa.

D.ª Es. Las dos cosas. Siempre que se marcha Alberto, te pasa lo mismo.

MAG. Es muy distraída su conversación. Tiene ideas que obligan á pensar.

D.ª Es. Es un muchacho muy interesante, ¿verdad?

MAG. Interesantísimo.

D.ª Es. Influye también su presencia, figura simpática, expresiva...

MAG. A mí tal vez me ciegue la simpatía, pero no le encuentro defectos. ¡Así se le parecieran otros!

D.ª Es. ¿Hace mucho tiempo que lo admiras? Quiero decir, que has pretendido encontrarle defectos?

MAG. ¿Por qué me preguntas eso?

D.ª Es. Antes de ahora debí de habértelo preguntado; cuando empezé á vislumbrar lo que pasaba en tu alma.

MAG. Mamá, ¿qué dices?

D.ª Es. ¿No comprendes, desdichada, que aunque callen los labios hablan los ojos? ¡Tarde he conocido la clave de muchos misterios! ¡Extraordinaria, y no es poca suerte, la ceguedad de Alberto!

MAG. ¡Oh, cómo fantaseas!

D.ª Es. Los secretos, cuando son muy grandes, no caben en el pecho. Espié tus gestos, tus soledades, ¡hasta tu sueño! Y la providencia, que conoce los deberes de una madre, vino en mi auxilio... ¡Hoy leo en tu corazón toda la verdad! ¿Niegas? ¡Acércate aquí... mírame á los ojos, así; dí ahora que es mentira, que lo oiga...! ¡Callas...! (Timbre.) Han llamado. Vete, quizás sea Ezequiel. (Mutis Magdalena, 1.ª izquierda.)

ESCENA IV

D.ª ESTRELLA y EZEQUIEL, por 2.ª derecha

EZE. ¡Doña Estrella!... ¿Qué tal esa salud?

D.ª ES. Así, así. Siéntate.

EZE. ¿Y Magdalena?

D.ª ES. Por allá dentro. Vamos á hablar con franqueza, Ezequiel, como dos camaradas que se estiman. Primero contéstame á una pregunta. ¿Continúan siendo de amor tus sentimientos para Magdalena, ó van cediendo hacia la amistad?

EZE. Le contestaré con sinceridad; igual la quiero hoy que en la época de nuestro noviazgo, pero le diré también, que he cesado de importunarla persuadido de que jamás recuperaré su cariño. No vea en mis visitas otra intención que sentirla cerca. ¡Es el único consuelo que me resta!

D.ª ES. ¿Te has resignado á perder toda esperanza?

EZE. Mentiría si le dijera que sí. Ya conoce usted el refrán, ¡mientras hay vida...! Interín no la vea casada con otro, existirá en mi corazón un rinconcito muy oculto, para la ilusión que aún conserve. ¡Es tan doloroso desprenderse de los sueños, después de haberles dado la realidad, vida por un momento!

D.ª ES. ¡Olvídala, Ezequiel! ¡Es su madre, la protectora de tus amores, quien te lo pide! Siento amargura al aconsejártelo... pero ante lo irremediable... ¡Aléjate, no pienses más en ella!

EZE. ¡Doña Estrella, usted sabe algo! ¡Dígame lo que ha ocurrido! ¡Lo que usted crea que debo de saber!

D.ª ES. No, no puedo. Es un secreto sorprendido, que debo de respetarlo más que si fuera contado. ¡No quieras saber! ¡A qué ahondar penas!

EZE. ¿Me permite dos preguntas?

D.ª ES. Veamos si las puedo contestar.

EZE. ¿Es reciente su descubrimiento?

D.ª ES. ¿Y la otra?

EZE. Depende de lo que me responda.

D.ª ES. Hoy se han confirmado mis sospechas; nada más puedo decirte.

EZE. ¿Qué día les visitó Alberto?
D.ª ES. Hace un momento se despidió.
EZE. ¡Ah, hoy también!
D.ª ES. ¿Por qué relacionas las dos preguntas?
EZE. Apurado me vería para encontrar una razón. He exprimido tanto el cerebro buscando un poco de luz, que en todo he pensado, hasta en eso. No sé que aumenta mi desesperación, si saberme despreciado ó no poder conseguir aclarar el misterio.
D.ª ES. Ella es la merecedora de compasión... Tú aún puedes ser feliz. La conozco bien, y me doy cuenta de que serán eternas las huellas gravadas en su alma.
EZE. Entonces, ¿es cierto?
D.ª ES. ¡Sí! Pero...
EZE. Descuide. ¿Y él?
D.ª ES. Ajeno en absoluto.
EZE. ¿Quiere llamarla?
D.ª ES. ¡Ezequiel! ¿Qué pretendes?
EZE. Nada, doña Estrella... llámela.
D.ª ES. ¡Júrame que ni la menor insinuación!
EZE. ¡Se lo juro!
D.ª ES. ¡Magdalena!

ESCENA V

MISMOS y MAGDALENA, 1.ª izquierda

MAG. ¿Me llamabas, mamá? ¡Hola, Ezequiel!
EZE. Se lo he rogado yo. Perdona que te distraiga un momento. Quiero despedirme de tí, porque me ausentaré un día de éstos.
MAG. ¿Por mucho tiempo?
EZE. ¡Quizás para siempre! Mis obligaciones me llevan á otra parte. Desearé, lo anhelo con todo el corazón, que puedas conseguir una felicidad tan grande, como la que yo codiciaba. Adiós, Magdalena. ¡Conservaré tu amistad como una reliquia! Doña Estrella, lejos de aquí, tendrá otro hijo que pensará en usted, y volará á su lado, si tristes azares de la vida lo hicieran preciso.

D.ª Es. ¡Adiós, Ezequiel! ¡Qué seas feliz! Déjame darte un beso.

EZE. Muchas gracias...

MAG. Adiós, Ezequiel. ¡No me guardes rencor! ¿Quieres ser mi hermano?

EZE. Con toda el alma. ¡Adiós, Magdalena! (Mutis 2.ª derecha.)

MAG. ¡Qué extraño! ¿De qué habéis hablado?

D.ª Es. ¡Hermoso corazón! Lástima que la fatalidad se haya interpuesto...

MAG. ¿Pero...?

D.ª Es. No me preguntes nada. ¡Me ha impresionado ese muchacho!

MAG. ¿Otra visita? ¡Parece que se han puesto de acuerdo en las horas!

D.ª Es. Recibe á quien sea. Yo no estoy de humor. (Mutis por 2.ª izquierda.)

ESCENA VI

MAGDALENA y CHELO que entra por la 2.ª derecha

MAG. ¿Eres tú? ¡Menos mal!

CHE. Por lo que veo, he tenido suerte, porque si yo no llego á ser yo, me la hubiera ganado.

MAG. ¿Has venido sola?

CHE. Acompañada y protegida. La criada al flanco y el de infantería á retaguardia.

MAG. ¡El de infantería! ¿Qué has hecho entonces del de caballería?

CHE. Te diré, hija. Ese como practica el galope, quería ir muy deprisa, ¿sabes? Y claro, le dejé pasar de largo. Veremos si el de ahora se queda atrás. Me estoy pareciendo á los de Estado Mayor.

MAG. ¿Por qué?

CHE. Porque ya conozco todas las armas. ¿Y tú? ¿No piensas en nada práctico? ¿Sigues desairando á Ezequiel? ¿No hay por ahí alguno que te preocupe un poquito?

MAG. ¡Qué torbellino! A propósito de Ezequiel. ¿Sabes que se marcha?

CHE. ¿Qué se marcha? ¡No lo creo! ¿Te lo dijo él?

MAG. Hace un momento. ¿Qué día lo has visto?

CHE. Ayer, y á pesar de haber hablado largamente, de tí, por supuesto, ni palabra me dijo referente á su viaje.

MAG. No te sorprenda. ¡Fué proyectado hoy!

CHE. ¡Será cuestión de días!

MAG. No.

CHE. Parece una fuga... ¡Algo sabrás!

MAG. Saber... nada.

CHE. ¿Supones?

MAG. Sí; supongo que será necesaria su presencia en otro lado.

CHE. Prepárame otra contestación igual... ¿Sientes que desaparezca?

MAG. ¡Cómo lo voy á sentir! ¡Es en beneficio de ambos! ¡El, lejos, sufrirá menos, y yo me iré olvidando de que soy la causa de su infelicidad!

CHE. ¿Te acongoja ese pensamiento?

MAG. Me martiriza. Te aseguro que envidio la tranquilidad de que se jactan muchas, que se encuentran en el mismo caso. ¡Cómo sufrirá ese pobre muchacho! ¡Y comprenderlo y ser imposible...! ¡Qué tortura!

CHE. ¡Imposible...! ¡Un hombre que has querido...!

MAG. ¡No, no! ¡Fué un sentimiento engañoso! Yo le quería entonces como ahora. ¡Igual que á un hermano!

CHE. ¡Qué cosas se me ocurren!

MAG. ¿Qué?

CHE. Simplezas. Se me figura á veces que estás enamorada. ¡Qué tontería!

MAG. ¿De quién puedo estar enamorada?

CHE. ¡Yo que sé! Me alegraría ¿sabes...? Siempre que fueras correspondida. ¡Qué cosa tan buena debe de ser el amor! Cuando atrape mi tipo, te daré una sesión.

MAG. ¿No saludas á mamá?

CHE. ¿Por donde anda?

MAG. En sus habitaciones.

CHE. No te amilanes. ¡Levanta ese corazón, que el amor se hizo para las almas buenas! (Mutis 2.ª izquierda.)

ESCENA ÚLTIMA

MAGDALENA y ALBERTO

MAG. ¡Alberto!

ALB. ¿Estás asustada?

MAG. Sí, me sobresalté un poco. Estaba abstraída... y luego la sorpresa... no suponía que fueras tú.

ALB. Sí, en efecto... me acordé de un inconveniente de la casa... de la casita que habíamos hablado antes; es necesario esperar unos días... ciertos arreglos... Han quedado en avisarme. Me sentaré unos minutos, tengo algo de fatiga.

MAG. ¡Qué más daba hoy que mañana! Te has sofocado sin necesidad.

ALB. Sólo he tenido que venir desde el extremo de la calle. Después que salí de tu casa, visité ahí abajo una enferma. Luego me entretuve con un amigo, y ahí tienes explicado porque me encontraba tan cerca.

MAG. ¿Cuando hablaste con Ezequiel?

ALB. Ahora mismo... Es decir, hablar no. Llevaba mucha prisa... Nos hemos limitado casi al saludo... ¿Por qué lo preguntas?

MAG. Por curiosidad. Hace tiempo que no le veo.

ALB. ¡Si me dijo que acababa de salir de aquí!

MAG. ¡Ah, habéis hablado!

ALB. ¡Es un buen muchacho! ¿Por qué no le quieres?

MAG. ¡El corazón manda!

ALB. ¡Qué sabe el corazón dónde puede encontrar la felicidad!

MAG. Si no interviene el corazón, habrá egoísmo, nunca felicidad!

ALB. ¡En este mundo, sólo son felices los locos! Los demás, tienen que aceptar migajas de felicidad. ¡Piensa un poco menos en el corazón, y vive algo para la realidad!

MAG. ¡El corazón manda!

ALB. ¿Es tan grande tu corazón, que sólo para él vives?

MAG. Sí, Alberto. ¡Es toda mi vida!

ALB. ¡Qué feliz será el hombre á quien tú quieras!

¡Todo alma...! ¡Si yo encontrase una mujer como tú...! ¡Existir para los dos! ¡No saber del mundo!

MAG. ¿Y la prosa que me recomendabas hace un instante?

ALB. Excepticismos que en un minuto de revelación se disipan. Yo siempre en dudas, porque desconocía hasta donde puede llegar una mujer sintiendo, comprendo que es verosímil esa comunión de corazones, soñada por los poetas! Pero tienen que ser, uno como el que acabo de conocer, el tuyo... y el otro... el mío. ¡Dos corazones felices para toda la vida!

MAG. ¡Alberto! ¿Hablas en serio?

ALB. ¡Sí, Magdalena! ¡No me atrevía á hablar con claridad! ¡Temía la sorpresa! ¿Aceptas?

MAG. ¡No sé, Alberto...! ¡Déjame, estoy emocionada!

ALB. ¡Magdalena, Magdalena mía! Dime pronto que sí, para salir corriendo, alegre, á pregonar mi dicha por todas partes... ¡Qué hermoso es sentir amor...! ¿No me contestas?

MAG. Pues bien... ¡No puede ser!

ALB. ¡Magdalena!

MAG. ¡No puede ser!

ALB. ¿Es que dudas, que por lo inesperado, por lo rápido, sea verdad mi cariño? Cierto que hasta hoy yo mismo ignoraba que te quisiera con amor; me figuraba que era otro sentimiento menos tierno. Fué necesario una brusquedad, para que saliese á la superficie y empezara á gritar... ¡Soy yo... soy amor! ¿No lo oyes tú también en mi voz emocionada? ¿No lo ves en mis ojos que te miran embelesados con expresión diferente?

MAG. Sólo sé, Alberto, que habéis creído adivinar sentimientos míos, y que tu bondad, en el deseo de hacerme feliz, no titubeó en imponerte el sacrificio de tu libertad, brindándome una limosna de amor. ¡No, Alberto...! ¡Agradezco en lo que vale tu rasgo, pero no lo acepto!

ALB. ¡Me habían exagerado!

MAG. ¡No! Te contaron la verdad. ¡No tiene objeto que lo oculte! Una vez conocido, profanado, mi secreto, quiero que sepas como él ha sido la causa de todos mis trastornos... de la desgracia... ya sabes cual...

He luchado, he pretendido que otros amores entrasen en mí... lo conseguí un momento... ¡Alucinación...! Todos mis esfuerzos estériles... ¡Para qué más! Ya sabes mi pobre secreto; ahora, ni ese consuelo...

ALB. ¡Magdalena, no destruyas tu felicidad, nuestra felicidad...! ¡Te juro que por mi parte no hay sacrificio...! ¡Jamás he sentido lo que hoy! Verás como el tiempo confirma que tu susceptibilidad no tiene fundamento. Repetiré tus palabras: ¡Obedezcamos al corazón! ¡Rindamos tributo al amor, que es la vida! ¡No te sacrifiques, Magda!

MAG. No, Alberto, miro al porvenir. Prefiero la falta de felicidad de ahora, á la infelicidad que preveo después.

ALB. No son razonables tus recelos. ¿Por qué temes no ser dichosa? ¿Dudas acaso de mi sinceridad?

MAG. ¡Y me lo preguntas...! ¿Cómo puedes garantizarme amor por tu parte? Si me consta que ha sido Ezequiel quien te reveló el secreto, y que impulsado por un sentimiento de abnegación, renuncias á tu libertad, ofreciéndome un amor compasivo. ¡No! ¡No lo acepto, Alberto!

ALB. ¡Magdalena!

MAG. No te mortifique esto. Era necesario que conociera tu sacrificio; debía de conocerlo, para que se cumpliera la ley de la muerte. Los que somos víctimas de la desgracia, nunca podemos ser felices, porque si no existen motivos, los inventamos. (Empieza á descender lentamente el telón, mientras Alberto se aproxima despacio á la puerta de salida.) Desde hoy me hundiré más en las negruras de mi renunciamiento. A una vida que se fué, otra vida que no lucha. (Sollozando.) ¡Terrible y merecida expiación, padre mío!

FIN

RARE BOOK
COLLECTION

THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA
AT
CHAPEL HILL

PQ6217
.T44
v.184
n.1-18